

ARQUEOLOGÍA DE LA CUEVA DE EL TORO (Departamento Susques, Jujuy)

Jorge Fernández

*A la memoria del arqueólogo
Profesor Juan M. Sueta*

El sitio arqueológico está ubicado a 2.000 m al oeste del caserío de El Toro, ángulo noroeste del Departamento Susques, en la provincia de Jujuy. Sus coordenadas geográficas aproximadas son 23° 10' de latitud sur y 66° 50' de longitud occidental. La altura sobre el mar es de 4.150 m. La comarca ofrece, muy acentuados, la totalidad de los rasgos físicos característicos de las zonas áridas de alta montaña; consecuentemente, tanto la flora como la fauna adquieren valores mínimos en lo tocante a número. El clima es muy riguroso: bajas temperaturas y fuertes vientos durante el invierno y heladas nocturnas casi permanentes. Existen cursos de agua de importancia, como el río Rosario, cuyo caudal está sujeto a procesos de congelamiento. La población actual se dedica exclusivamente a la ganadería de camélidos (*Lama glama*), cuyo soporte fundamental radica en la existencia de vegas pastosas de altura (estepa de gramíneas altoandina) de explotación estacional.

La bibliografía de temática antropológica referida al Departamento Susques se reduce solamente a dos títulos (Boman, 1908; Cigliano, 1965). No pasará de media docena el número global de trabajos que de alguna manera se refieran a este enorme ámbito geográfico constituyente del departamento más extenso y menos poblado de la provincia de Jujuy (9.199 km²; densidad de población, en 1968, equivalente a 0,23 habitante por km²). Curiosamente, los graves deterioros que deben sobrellevar sus pobladores actuales, tienen no solamente un enraizamiento geográfico, sino también arqueológico. La presente excavación es la primera que en tan extensa área se verifica, y forma parte de un programa de exploraciones de mayor envergadura propiciado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Subsidio 7086/75) que será continuado durante el año venidero.

I. ESTRATIGRAFÍA

La cueva o abrigo de El Toro está orientada hacia el norte, por lo que recibe luz solar durante todo el día; sin embargo, el reparo que ofrece a los fuertes vientos del oeste es sólo relativo. Su concavidad se abre al pie de gran afloramiento de tobas cineríticas consolidadas que alcanza a tener una altura de 100 m en relación a la vaguada del arroyo El Toro, tributario del río Rosario. Tal emplazamiento ha tenido como consecuencia convertir a la cueva en un pésimo receptáculo de la sedimentación. El viento aporta actualmente cierta cantidad de materiales, pero es posible comprobar que también los retira de su interior, de modo especial al formarse corrientes convectivas violentas. Por delante de la cueva ha existido anteriormente un explazo o terraza constituido por la misma toba desagregada, de aspecto arenoso, resultante de la erosión local. A juzgar por los vestigios remanentes, también esta terraza ha sido utilizada en el pasado como paradero o taller al aire libre. Durante la época de lluvias, numerosos canales de agua se precipitan desde lo alto del afloramiento rocoso y, buscando su vinculación



FIGURA 1

con el colector principal, lavan y resectan los restos de terrazas, arrastrando sus malamente consolidados sedimentos hacia la quebrada de El Toro. De manera que aunque virtualmente todo el frente de la cueva y la terraza por delante de él extendida, constituyen un gran yacimiento arqueológico, todos los materiales líticos allí contenidos están removidos y en parte cubiertos por pequeñas acumulaciones arenosas móviles.

La sedimentación interna de la cueva está preponderantemente constituida por la roca aborígen, es decir, por toba pulvurulenta resultante de la

meteorización de las paredes y techo de la oquedad. Por tanto, su capacidad de registro de eventuales contingencias climáticas del pasado, ha sido mínima. A ello, deben agregarse las constantes remociones de que ha sido objeto durante los últimos años por parte de los buscadores de tesoros ocultos y —en épocas algo más remota—, por parte de los pastores que la utilizaron como habitación casi permanente. De manera que en el presente trabajo las conclusiones se referirán solamente a aquellos sectores cuya estratigrafía ha sido posible juzgar que no ha sido perturbada, y no a la excavación total del sitio, tal como fuera efectuada. Ha sido posible, de tal manera, establecer la siguiente secuencia estratigráfica:



FIGURA 2

Arriba

- 0 — 0,30 m: Potencia, 0,30 m. Estrato (Nº 1) constituido por sedimentos heterogéneos, sumamente arenosos, aunque con preponderante participación de toba puivurulenta muy seca. Un 30 % del volumen —no de su peso—, está constituido por materiales antropógenos y orgánicos (restos de gramíneas, maderas, guano). Se observan grandes lentes de ceniza vegetal, de color gris blanquecino a francamente blanco. Contenido cultural sumamente variado: cerámica, tejidos, utensilios diversos. Corresponde a la parte superior de la capa cultural I.
- 0,30 — 0,45 m: Potencia, 0,15 m. Estrato (Nº 2) de color negro, puivurulento, muy seco. Por lavados sucesivos es posible determinar existencia de abundante material arenoso extraño a la litología

local, asociado en partes iguales con la toba. Gran contenido en sales solubles y carbón, que igualmente es posible separar mediante lavado. Abundantes huesos de camélido, o fragmentos de ellos. En un solo y aislado sector de este estrato, ha sido posible discriminar la presencia de la capa cultural II. En lo restante, ha sido evidente que forma la parte inferior de la capa cultural I.

- 0,45 – 0,50 m: Potencia, 0,05 m. Estrato (Nº 3) constituido por una delgada banda de *caliche* (carbonato de calcio pulverulento), formando grumosidades o precipitaciones discontinuas. Los grumos se desmenuzan por leve presión entre los dedos. Culturalmente, se asigna este horizonte carbonático a la capa cultural I. Contenido arqueológico: lascas y puntas de proyectil.
- 0,50 – 0,65 m: Potencia, 0,15 m. Estrato (Nº 4) constituido por toba pulverulenta, de color oscuro, húmeda. Incluye cenizas y sales solubles (cloruro y carbonato de sodio). Se observan fragmentos de materia carbonosa dispersos, no muy abundantes. Fracción arena escasamente representada. Con la lupa se aprecian clastos angulosos de cuarzo; son autóctonos y proceden del gran afloramiento de toba. Fragmentos de hueso. Contenido cultural: lascas, escamas y puntas de proyectil. Constituye parte de la capa cultural III.
- 0,65 – 0,85 m: Potencia, 0,20 m. Estrato (Nº 5) de toba pulverulenta, medianamente húmeda, color gris ceniciento, a veces con tonos rosados a rojizos. Contiene pequeños fragmentos de materia ósea y carbonosa, esta última en forma de gránulos. Contenido arqueológico: lascas, puntas de proyectil. Constituye el tercio inferior de la capa cultural III.
- 0,85 – 0,95 m: Potencia, 0,10 m. Estrato (Nº 6) de toba alterada, pulverulenta, húmeda y muy limpia de agregados extraños. Color gris oscuro, algo más claro al secarse. Escaso contenido de material carbonoso. Contenido arqueológico: lascas y escasas puntas de proyectil. Constituye la capa cultural IV.
- 0,95 – 1,0 0m: Potencia, 0,05 m. Toda alterada, pulverulenta, húmeda y limpia. Incluye fragmentos de toba no descompuesta. Carece de contenido arqueológico.
- Abajo, roca madre en proceso de alteración.

El perfil descripto, aunque característico, ofrece algunas variaciones laterales. El siguiente ha sido obtenido por debajo de grandes bloques de toba que formaban parte de una pirca, la cual ha de tener con seguridad algo más de siglo y medio de existencia:

Arriba, grandes bloques rocosos, formando pirca

- 0 – 0,20 m: Potencia, 0,20 m. Estrato (Nº 1) constituido por guano de cabra y llama compactado. Contenido arqueológico heterogéneo (tejidos, cerámica, monedas, etc.). Forma parte de la capa cultural I.
- 0,20 – 0,40 m: Potencia, 0,20 m. Estrato (Nº 2), de color pardo oscuro, constituido por arena y toba pulverulenta, con abundante con-

tenido de guano de llama. Muy seco. Frecuentes restos vegetales. Contenido arqueológico: pequeñas puntas de flecha, cerámica, lascas de obsidiana, tejidos, huesos, monedas antiguas, etc. Forma la parte inferior del estrato cultural I.

- 0,40 – 0,50 m: Potencia, 0,10 m. Estrato (Nº 3) de color gris, constituido por toba pulvurulenta y arena. Contenido arqueológico: puntas de proyectil y lascas de obsidiana y vitrófiro. Ha sido en el sondeo correspondiente a este perfil donde, en este estrato, se ha manifestado con nitidez la capa cultural II.
- 0,50 – 0,55 m: Potencia, 0,05 m. Estrato (Nº 4) con *caliche* pulvurulento, anhidro. Tercio superior de la capa cultural III.
- 0,55 – 0,65 m: Potencia, 0,10 m. Estrato (Nº 5) formado por un sedimento de color marrón. Abundantes fragmentos de carbón. Contenido arqueológico: puntas de proyectil y lascas. Capa cultural III.
- 0,65 – 0,85 m: Potencia, 0,20 m. Estrato (Nº 6) formado por toba desmenuzada, pulvurulenta, limpia, bastante húmeda. Escaso carbón. Contenido arqueológico: lascas y puntas de proyectil. Capa cultural IV.
- 0,85 – 0,90 m: Potencia, 0,05 m. Estrato (Nº 7) de toba alterada abajo, roca madre en descomposición.

La diferencia de espesores que se observa al comparar los perfiles parece originarse en la pendiente del piso rocoso del sustrato, que está inclinado hacia el exterior. Evidentemente, en ambos perfiles hay continuidad en los tres estratos inferiores, hasta el estrato con precipitaciones carbonáticas (*caliche*); pero desde este último hacia arriba parece haber existido supresión de alguno de ellos, o bien la remoción ha enmascarado por mezcla su composición. En especial es notable la supresión de los estratos de guano, que solamente han podido conservarse bajo los grandes bloques de roca desprendidos del techo y más tarde aprovechados en la construcción de la pirca. El guano faltante en otros sectores, o bien ha sido diluido en la arena tobácea por pisoteo y remoción, o bien ha sido eliminado por la acción del viento, sin descontar que buena parte de él haya sido utilizado como combustible.

Es llamativa la ausencia de carbón, cenizas y hueso en los dos estratos inferiores, donde la toba se presenta totalmente limpia. También es sugestiva la ausencia de arenas cuya composición mineralógica denote una procedencia no estrictamente local, con participación del viento como vehículo introductorio. Posiblemente, los fogones han sido encendidos en el exterior de la cueva durante los periodos de ocupación coincidentes con la deposición de las capas culturales III y IV, es decir, en la terraza exterior a que hemos aludido, pero sus restos —ceniza y carbón— habrían sido dispersados rápidamente por el viento, como ocurre en la actualidad.

Los estratos 1 y 2 del primer perfil, y los números 1, 2 y 3 del segundo, reflejan condiciones de sedimentación verdaderamente caóticas, tal vez por la intensa permanencia de pobladores que debieron soportar durante su ciclo deposicional. Mediante lavados fraccionados es posible separar un contenido de clastos redondeados arenosos cuya composición litológica es diferente y proviene de rocas arcillosas (lutitas) y cuarcíticas, que nada tienen que ver

con las tobas. Su presencia en el interior de la cueva, configuraría una mayor actividad regional de los vientos.

II. CONTENIDO CULTURAL DE LOS ESTRATOS

CAPA CULTURAL I

Integrada, como ya dijéramos, por los materiales arqueológicos procedentes de los estratos 1 y 2 del primer perfil, y del estrato 1 del segundo, los que son descriptos a continuación:

Restos vegetales: Son muy abundantes estos buenos indicadores, pero sólo en cantidad y no en variedad. En su mayoría corresponden a semillas de plantas cultivadas, particularmente al durazno (*Prunus persica*), al ciruelo (*Prunus domestica*) y al nogal (*Juglans regia*). Todas estas plantas tienen su origen en el Viejo Mundo, y su cultivo es por completo imposible en centenares de kilómetros a la redonda de la localidad de El Toro. También han sido extraordinariamente frecuentes los frutos secos de chañar (*Geoffroea decorticans*), especie todavía hoy utilizada en la preparación de dulces y aloja.

Cuentas de collar: En la cueva ha existido un verdadero taller de elaboración de cuentas de este tipo, siendo numerosísimos los materiales hallados en diferentes etapas de su preparación; en cambio, no se han encontrado los utensilios requeridos para perforarlas. La materia prima utilizada ha sido la toba. Se trata de una roca blanda, dureza de 2 a 4 como máximo, de color blanquecino con tonalidades rojizas o rosadas si está impregnada de óxidos de hierro. La técnica ha consistido en desbastar por pulimento fragmentos de esta roca mediante su raspado sobre otra más dura y áspera (arenisca), hasta lograr conferirle forma cilíndrica. La altura de estos cilindros oscila entre 5 mm y 20 a 30 mm. Posteriormente eran taladradas longitudinalmente desde ambos extremos.

Utensilios metálicos: Algunos de estos utensilios son totalmente indefinidos en cuanto a su uso probable, y están elaborados en cobre. Ha sido posible recuperar tres cuchillos muy gastados, cuya hoja de acero es de procedencia europea, pero que se hallan adosados a mangos de madera de procedencia local y sujetos mediante tientos. El mango de una de las piezas conserva aún perfectamente visibles las incisiones practicadas en la madera con finalidad aparentemente ornamental; los motivos son esencialmente geométricos y de apariencia típicamente indígena.

Hilo y fragmentos de tejido: Muy abundantes han sido los hilos de diferente tipo, todos ellos elaborados con lana de vicuña y llama. Algunos fragmentos de tejido aparentan haber sido teñidos mediante el empleo de sustancias vegetales, mientras que otros aparentan ser posteriores a la introducción de las anilinas. También han sido rescatadas dos *pushkas* para hilar.

Calabazas pirograbadas: Han sido hallados varios fragmentos de calabaza de *Lagenaria sp.*; por su desgaste particular y otras características, indudablemente han sido utilizados como recipientes destinados a contener líquidos. Sólo tres fragmentos conservan restos de ornamentación por pirograbado de trazo discontinuo.

Cuero: Se trata de un material relativamente escaso; los fragmentos que se han hallado han sido indudablemente seccionados mediante el empleo de herramientas metálicas. A consideraciones bastante diferentes se presta, sin

embargo, el halazgo de una ojota completa, cuya morfología en nada la diferencia de otras similares procedentes de entierros indígenas antiguos, o de las que muy eventualmente se ve en uso entre los pobladores actuales.

Huesos: En su mayoría corresponden a huesos de llama, siguiendo un pequeño porcentaje de huesos de vicuña; aparentan haber pertenecido a individuos adultos y juveniles.

Pluma: Escasa cantidad de plumas rosadas y verdes, al parecer correspondientes a una fenicóptera (*Phoenicopterus sp.*), sin duda alguna especie de parina o flamenco de las que habitan en la zona altoandina, y de un sitácido (*Amoroesittaca ayrara ?*), también local.

Monedas: Se han hallado monedas correspondientes a diferentes épocas. La más reciente es una moneda de cobre, argentina, valor de un centavo, fechada en 1883. Las más antiguas son de plata y cobre, aparentemente acuñadas en Potosí, entre los siglos XVII y XVIII; su deteriorado estado impide mayores precisiones. En cambio, es posible afirmar que ninguna de estas monedas tenía en los estratos una posición acorde con su antigüedad.

Cerámica: De esta capa proviene un total de 298 fragmentos de cerámica de distintos atributos y modalidades, cuya clasificación damos a continuación:

Cerámica roja pulida (6), de pasta homogénea, antiplástico fino, de distribución regular, textura muy compacta, fractura recta, de color rojizo. Superficies externa e interna, del mismo color. Dureza 4. Cocción oxidante, uniforme. Espesor 5 mm. Parece haber correspondido a formas tronco-cónicas, abiertas, tipo plato o escudilla.

Cerámica roja pulida y pintada (3): Pasta homogénea, antiplástico fino de distribución regular, textura muy compacta, fractura recta, de color rojizo cuando fresca. Superficie externa bien pulida. La interna es tosca en unos casos, y pulida y pintada en otros. Dureza 4. Cocción oxidante, uniforme. Espesor 5 mm. Corresponde a formas globulares y tronco-cónicas de pequeño tamaño. Uno de los fragmentos corresponde a un típico plato incaico.

Cerámica roja tosca (117): Pasta poco homogénea, antiplástico fino a mediano, arenoso o micáceo, distribución regular, bastante denso. Textura no uniforme, fractura recta, color rojizo a marrón rojizo, abundantes núcleos grisáceos. Superficie interna y externa apenas alisada. Dureza, 3 a 4. Espesor, 5 mm. Cocción oxidante. Los tiestos corresponden a formas globulares o subglobulares. Todos muestran una intensa acción del fuego.

Cerámica negra tosca (168): pasta homogénea, antiplástico mediano a grueso, distribución regular, textura compacta, arena y mica o mica sola; fractura recta, color gris, negro o marrón rojizo. Superficies interna y externa del mismo color. Dureza 3-4. Cocción reductora, bastante uniforme. Espesor 4-5 mm. Corresponde a formas abiertas y pequeñas.

Cerámica gris incisa (1): Pasta muy homogénea, antiplástico arenoso-micáceo, tamaño uniforme, muy fino, distribución regular, denso. Textura uniforme, algo porosa. Fractura irregular, angular, color gris marrón. Superficie externa de color gris oscuro, a igual que la interna. Dureza 3-4. Ambas superficies son pulidas, sin defectos visibles. Cocción en atmósfera reductora, uniforme. Apareta haber correspondido a una forma abierta, tronco-cónica, de borde y labio recto. Decoración incisa, líneas inclinadas, paralelas entre sí, unidas por un reborde; aplicada al sector próximo a la boca del vaso.

Cerámica gris imbricada (3): Pasta poco homogénea, antiplástico muy grueso, distribución irregular, muy densa. Textura no uniforme, muy gruesa,

irregular, porosa, en partes migajosa. Fractura irregular, color gris oscuro-marrón oscuro. Superficies interna y externa del mismo color. Dureza 4. Decoración: superficie externa corrugada mediante la extensión de fajas imbricadas horizontales paralelas, o inclinadas y paralelas. Cocción reductora. Espesor 5-7 mm. Cuello evertido, labio convexo.

Puntas de proyectil: Se trata de pequeñas puntas de flecha, bifaciales, de cuerpo triangular y base cóncava, provistas de barba. Frecuentemente asimétricas. La retalla por presión sobre ambas caras ha sido muy cuidadosa; el limbo es muy aserrado. Corresponden al tipo Morohuasi. (Figura 3, i-j).

CAPA CULTURAL II

Este momento de la ocupación de la cueva solamente ha podido discriminarse con claridad suficiente en un sector de la excavación. Lo caracterizan las puntas de proyectil pedunculadas de vitrófiro y calcedonia, así como las triangulares de obsidiana, todas ellas de talla bifacial. Los tipos de punta de proyectil que pueden distinguirse, son los siguientes:¹

Punta tipo Guayatayoc: Punta de proyectil de forma triangular o pseudo-triangular, bifacial, de base recta o convexa, trabajada sobre lascas o láminas retalladas por presión sobre ambas caras y limbo. Su peso varía entre 1 y 6,5 gr. Existen numerosos subtipos (lados rectos paralelos y base recta; base recta y lados convexos; base convexa; puntas pentagonales y pseudopentagonales, y combinaciones de todas estas modalidades (figura 3 c-d).

Punta tipo Casabindo: Punta pedunculada mediana o pequeña, bifacial, elaborada sobre lascas chicas retalladas por percusión secundaria y presión. La sección es oval o bitriangular asimétrica. Peso entre 1,5 y 2,5 gr. (Fig. 3 b).

Punta tipo Rachaite: Punta de proyectil pedunculada, de cuerpo triangular, tamaño pequeño, hombros rectos, en algunos casos reemplazados por barbas colgantes. Sección transversal generalmente biconvexa. Talla bifacial, retalla por presión, no muy profunda, respetando en ciertos casos la superficie original favorable de la roca. El retoque es inclinado con respecto al eje longitudinal, y paralelo entre sí. Peso nunca superior a 5 gr. (Figura 3 a).

Aunque el conjunto lítico es relativamente pobre, ha sido posible constatar profusión de elementos sin retoque (lascas y láminas). Éstas, juntamente con las puntas de proyectil, ponen en evidencia el abandono del basaito como materia prima, y su reemplazo por rocas silíceas del grupo del vitrófiro y de la obsidiana.

Acompañando a los materiales líticos descritos, se ha encontrado el punzón de hueso representado en la figura 3 k.

CAPA CULTURAL III

Como ya se ha expresado, en esta capa cultural los hallazgos consisten en puntas de proyectil, lascas y escamas de basalto. No se han hallado núcleos ni piezas nucleiformes. En cambio, son muy abundantes las formas elementales, en su mayoría lascas. Éstas carecen de retoque alguno, por lo que se deduce que no estaban destinadas a un uso determinado, sino que meramente han resultado de un proceso de desbastamiento, por lo que aquí

¹ La categorización de los tipos aquí definidos se hace tomando en cuenta un trabajo anterior inédito del autor (Fernández, 1975, MS), en el que se considera la existencia de 15 tipos de puntas de proyectil en la región andina de la provincia de Jujuy.

habrán de ser consideradas como elemento de desecho. Tomando en cuenta sus dimensiones (Bagolini, 1968), estas lascas pueden ser ordenadas de la siguiente manera:

Lascas cortas, que constituyen apenas el 2 % del total de lascas; *lascas medianas*, que alcanzan al 42,85 %, y *lascas largas*, que están representadas con 55,11 %. Tomando ahora en cuenta la proporcionalidad existente en la relación ancho-espesor, podríamos agruparlas de la siguiente manera: *lascas muy delgadas* que están presentes con sólo 3 %; *lascas gruesas*, con 35,71 %, y *lascas delgadas*, con 62 %. En el acápite correspondiente se expondrán las conclusiones emergentes de este tratamiento.

Un elevado porcentaje (20 %) de las lascas, se caracteriza por tener el eje de percusión transversal o ligeramente diagonal al eje longitudinal del espécimen. Tal vez dicho porcentaje sea aún mayor, toda vez que no siempre es posible discernir con claridad la posición ocupada por el bulbo; en algunos casos, es evidente que la lasca ha sido fraccionada intencionalmente, quedando el bulbo de percusión en la fracción desechada. Gran cantidad de lascas, especialmente entre las anchas y muy delgadas, de tipo laminar o sublaminar, han de interpretarse como producto de retalla por percusión sobre lascas muy gruesas.

Raederas: La expresión porcentual de este utensilio alcanza a un 10,55 % del total de materiales líticos, excluidas las lascas. Se trata de formas elementales, bastante esquemáticas. Ocho de ellas son raederas rectas simples, y han sido trabajadas sobre lascas delgadas y estrechas, es decir, sobre verdaderas hojas. Hay, además, una raedera convergente y un cuchillo-raedera.

Materiales diversos: Aquí incluiremos muescas dobles (0,80 %); raedera-cuchillo (0,80 %), buril (0,80 %).

Puntas de proyectil: Entre fragmentos y puntas completas, proceden de esta capa cultural un total de 108 elementos cuyas características morfológicas y funcionales permiten agruparlos dentro de las puntas de proyectil. Preliminarmente, pueden desglosarse de la siguiente manera: a) puntas de proyectil lanceoladas (foliáceas) y pseudo foliáceas de talla bifacial (59,27 %); puntas foliáceas de talla monofacial (37 %); puntas pedunculadas bifaciales (1,8 %), y puntas triangulares bifaciales (1,8 %).

Puntas foliáceas y pseudofoliáceas bifaciales

1) *Punta tipo Ayampitín*: Punta de proyectil foliácea, de sección transversal biconvexa o bitriangular, simétrica, elaborada sobre lascas espesas desbastadas por percusión, cuyas caras anterior y posterior han sido retocadas por presión en toda su superficie. Los lados son paralelos o subparalelos, convergiendo hacia el ápice y la base en los tercios inferior y superior. La clasificación binomial permite establecer algunos subtipos, tales como Ayampitín de base convexa; Ayampitín de base recta y ángulos romos; Ayampitín de base cóncava, con barbas o sin ellas, etc. (Figura 4 b).

2) *Punta tipo Chocoara*: Punta de cuerpo triangular y sector basal romo, a veces semicircular, siempre convexo muy pronunciadamente. Sección transversal biconvexa. Simétrica. Elaborada sobre lascas espesas, con retalla por percusión alternada sobre ambas caras, aplicada desde el borde hacia el eje longitudinal, diagonal y paralelamente. Retoque profundo por presión sobre ambas caras, aplicado en forma irregular. Limbos generalmente aserrados, con microretoque, muy cuidadoso. Ápice aguzado. Si no morfológicamente,

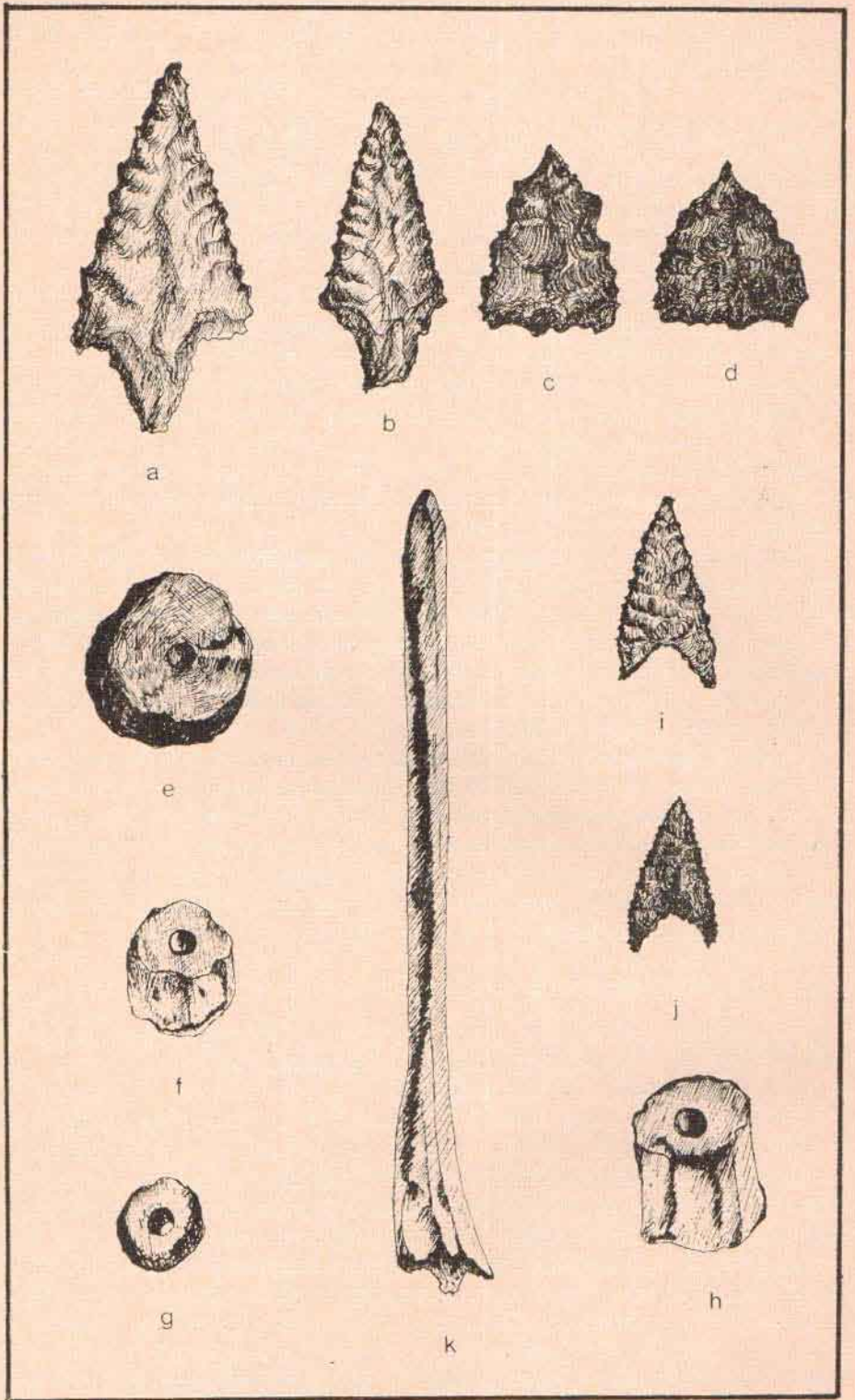


FIGURA 3

al menos funcionalmente el sector basal ha de considerarse como un pedúnculo. Integra el grupo de las pseudofoliáceas (Figura 4 d).

3) *Punta tipo Aguas Calientes*: Punta de proyectil pseudofoliácea, de forma general pentagonal, constituida por un cuerpo triangular y un pedúnculo trapezoidal. Sección transversal lenticular u oval deprimida, a veces romboidal o bitriangular, raramente rómbica. Sección longitudinal biconvexa. Elaborada sobre lascas obtenidas por percusión directa. Retalla primaria por percusión sobre ambas caras, con la técnica anteriormente descrita, es decir, por golpeo alternado sobre ambas caras, desde los bordes hacia el eje longitudinal. Retalla secundaria por presión sobre los bordes y la totalidad de la cara anterior y posterior, ápice, pedúnculo y limbos. Éstos son aserrados, con profundas muescas e indentaciones. En el extremo del pedúnculo opuesto a la base se presentan frecuentemente, a cada lado, un hombro netamente definido y dos —ocasionalmente cuatro— muescas o indentaciones profundas destinadas a la sujeción del utensilio (Figura 4 g).

Puntas de proyectil foliáceas unifaciales

4) *Punta tipo Saladillo*: Punta de proyectil de sección transversal triangular o plano convexa, a veces ligeramente trapezoidal, elaborada sobre hojas de la misma sección. La sección longitudinal es también plano convexa. Puede ser monofacial o monofacial con retoques en los bordes y base de la cara plana. La cara anterior muestra una cresta longitudinal, extendida de base a ápice, que constituye la arista correspondiente a negativos de hojas anteriormente desprendidas del núcleo. La cara posterior es siempre coincidente con el plano de lascado; por lo común es muy lisa, siendo perfectamente reconocible en el extremo proximal la posición del bulbo (concoide) de percusión, que en las puntas terminadas se presenta retocado o desbastado por presión. No hay cono de percusión, y en los casos en que se presenta, es sumamente pequeño. Los lados son subparalelos en la porción central del cuerpo, y convergen hacia la base y el ápice. Estas puntas son generalmente estrechas, su forma general es la de la hoja de sauce (saliciformes). El índice entre longitud y ancho es siempre superior a 2,5; el índice entre ancho y espesor es 5 ó más de 5. La base es roma, con retoques de presión sobre el borde de la cara inferior y superior, por lo que generalmente ofrece un bisel bien formado. Cuando no presenta este bisel, se presenta con claridad el talón, que es muy estrecho y de superficie plana. Su peso oscila entre 10 y 14,4 gr, alcanzando excepcionalmente 25 gr.

Corresponde aclarar que, al lado de estas puntas tipo Saladillo que indudablemente han sido trabajadas sobre verdaderas hojas, se presentan otras que lo han sido sobre lascas; aspecto que será discutido con más detalle en apartado referente a la tecnología.

Puntas triangulares bifaciales

5) *Punta tipo Perchel*: Punta de proyectil de forma triangular, base cóncava con barbas y sección transversal oval. Elaborada a partir de lascas espesas, desbastadas en ambas caras por percusión y terminada con retoques por presión muy intensos. Simétrica. Limbos frecuentemente aserrados. Peso, entre 7 y 24 gramos. (Figura 4 f).

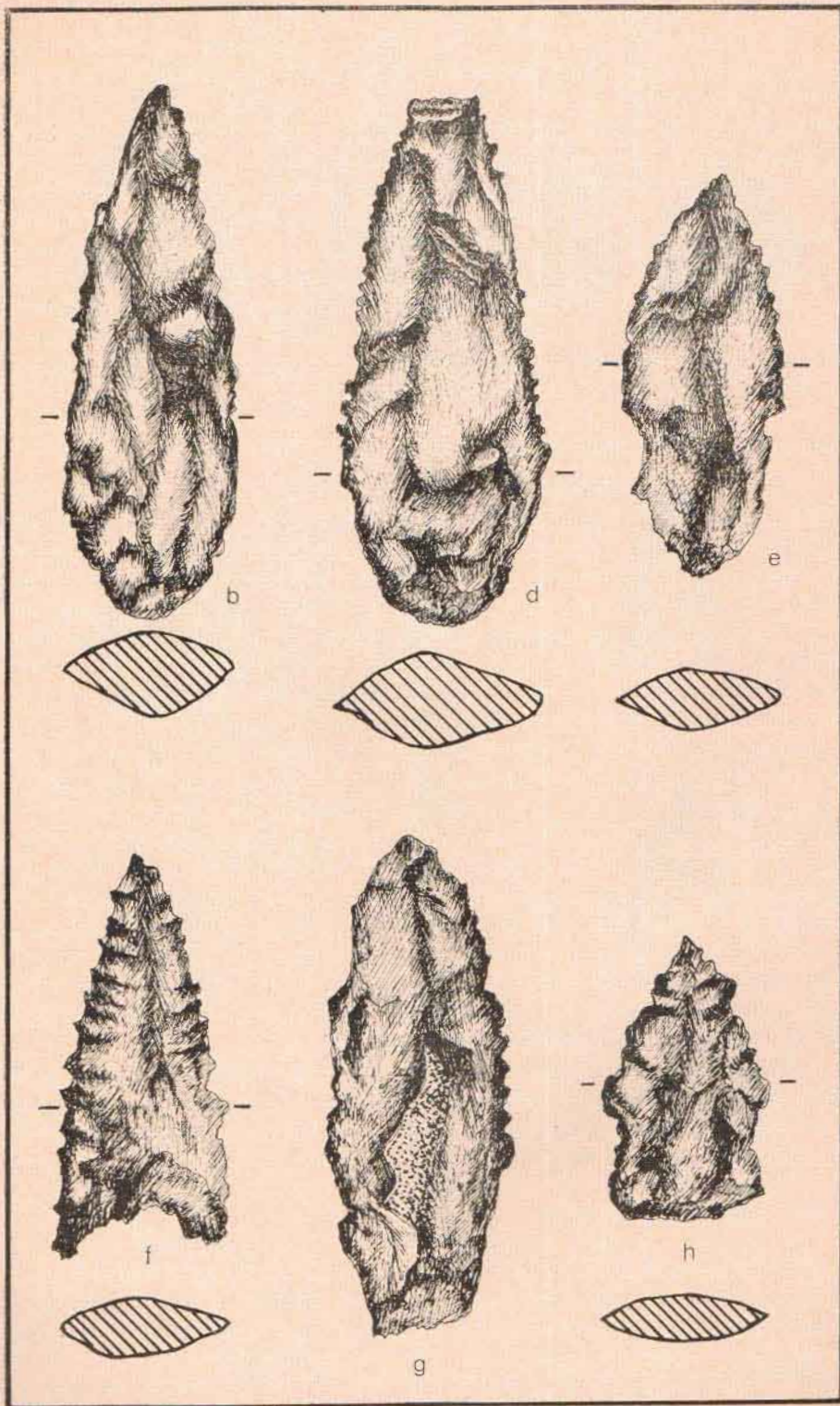


FIGURA 4

Puntas pedunculadas

6) *Punta tipo Morro Blanco*: Punta de proyectil de cuerpo triangular y pedúnculo ancho, de base roma. Hombros muy definidos. Limbos lisos o aserrados, a veces provistos de una saliencia o aleta. Simétrica o asimétrica. Elaborada sobre lascas espesas y a veces sobre láminas. Retalla por percusión y presión. Base del pedúnculo, frecuentemente biselada (Figura 4 h).

7) *Tipo Cochagasta pedunculado*: Punta de proyectil constituida por un cuerpo aproximadamente triangular, o subtriangular y pedúnculo bien definido. Con hombros o sin ellos. Retoque por presión sobre ambas caras. Sección transversal oval deprimida. Variedad —de muy escasa difusión— del tipo Cochagasta, que alcanzara gran popularidad en el oeste jujeño (Fig. 4 e).

MATERIA PRIMA: La roca más empleada en este nivel, ha sido el basalto (95,1 %), y lo siguen la obsidiana (2,8 %) y la cuarcita (1,9 %). La popularidad del basalto ha dependido exclusivamente de su abundancia en las cercanías. En áreas algo más distantes abundan igualmente la cuarcita y la obsidiana en yacimientos naturales.

CAPA CULTURAL IV

Esta capa cultural vuelve a poner de manifiesto las condiciones existentes en la cara suprastante, es decir, la ausencia de núcleos o de piezas a ellos asimilables, y el predominio numérico de las lascas. A continuación, el contenido total del muestreo correspondiente:

Lascas	73,3 %
Puntas de proyectil bifaciales ...	13,0 %
Puntas de proyectil monofaciales .	8,0 %
Piezas foliáceas bifaciales	4,0 %
Raederas	1,6 %

Lascas: Predominan las *lascas medianas* (59,34 %), las que son seguidas por las *lascas largas* (36,26 %) y las *lascas cortas* (4,39 %). Las *lascas delgadas* llegan a 63,73 %, las *lascas gruesas* a 29,27 % y las *muy delgadas* a 6,59 %. Los porcentajes están referidos al contenido total de lascas del muestreo. El 17,5 % de estas lascas muestra el eje de percusión transversal al eje longitudinal.

Piezas foliáceas bifaciales: Se trata de un elemento nuevo, ausente de las capas culturales suprastantes. Lamentablemente, su relativamente escasa representación (4 %) dentro del conjunto, impide su asignación segura a las bifaces andinas. Son utensilios elaborados sobre lascas muy gruesas, con retoque por percusión efectuado sobre ambas caras alternadamente. La retalla por presión está aquí por completo ausente. Son esencialmente simétricas. La forma general es foliácea. El ápice no es lo suficientemente aguzado como para permitir su inclusión dentro de la jerarquía de *puntas*. Son aún demasiado grandes, gruesas y pesadas como para poder ser consideradas como puntas de proyectil bifaciales en proceso de elaboración. Longitud entre 10 y 12 cm.

Puntas de proyectil: Corresponden exclusivamente a los tipos Ayampitín y Saladillo, predominando el primero. Los demás tipos, se hallan ausentes. El porcentaje correspondiente a las *raederas* (1,6 %), es indudablemente bajo para una comunidad supuestamente dedicada a la caza.

III. CONTRASTACIÓN Y CONCLUSIONES

La excavación del sitio ha sido encaminada a establecer la evolución de las industrias líticas locales y a la determinación —sobre comprobaciones de fundamento estratigráfico—, de un presunto nivel industrial carente de puntas de proyectil. Para esto último, se ha tenido en cuenta la relativa vecindad de la cueva excavada con regiones del norte de Chile donde las industrias de morfología protolítica alcanzan un vigoroso desarrollo, bien que limitado a manifestaciones superficiales; y que otro tanto acontece en las vecindades mayores de El Toro (Agua Delgada y Paiñique Grande), donde se han detectado talleres de superficie con lascas y bifaces, pero sin puntas de proyectil. También se consideró, muy particularmente, la capacidad teórica de registro de los sedimentos, originalmente estimada en más de 10.000 años absolutos. Actualmente se estiman 8.000 años para la capa cultural IV, y 6.000 para la capa cultural III.

El primer objetivo ha sido parcialmente logrado, ya que —una vez más—, vuelve a ponerse de manifiesto la parcial coincidencia espacio temporal que ha existido entre los tipos Ayampitín y Saladillo, los que gradualmente dejan paso, con el transcurso del tiempo, a otros morfológicamente distintos. Ambos tipos —Ayampitín y Saladillo— son los que se presentan primero; sin embargo conviene no descuidar la alternativa o posibilidad de que hayan coexistido también con otros, especialmente con las puntas triangulares. Ciertamente, no es este el caso comprobado en El Toro, ya que la estratigrafía allí existente no ha sido lo suficientemente veloz y tranquila en su ritmo deposicional, como para haber posibilitado una secuencia más sutilizada de los tipos de punta de proyectil presentes en ella.

El segundo objetivo —es decir, la determinación de una capa cultural sin puntas de proyectil, netamente protolítica—, es mucho más dudosa y menos lograda. Evidentemente, algunas pocas bifaces (4 %) en la capa IV), yacentes en un mismo estrato natural junto a puntas de proyectil bifaciales y monofaciales (21 % en conjunto), no llegan a corporizar a imagen de una vigorosa y arraigada industria de bifaces, por lo menos en el lapso involucrado en la capa IV. Por otra parte, estas piezas foliáceas bifaciales no cumplen en su totalidad con los requerimientos morfológicos que autorizarían su llana inclusión en el horizonte de bifaces.

Con esto, pareciera volver a esfumarse la posibilidad de corporizar un estadio protolítico. Sin embargo, existen otros índices que autorizan a suponer lo contrario. Estos aspectos a considerar, están relacionados fundamentalmente con el tratamiento tecnológico observable en los materiales líticos que hemos estudiado, tanto en la capa IV como en la III.

Dada la gran cantidad de desechos, está fuera de duda que esta cueva ha sido un taller, más aún que vivienda, por lo menos durante el tiempo correspondiente a los niveles aludidos. Siendo así, un cuestionamiento lógico sería el de inquirirse de dónde han sido obtenidas las lascas recuperadas durante la excavación. Es sumamente sugestiva la ausencia de núcleos, sin que la exigencia se refiera a núcleos preparados, sino sencillamente a fragmentos de roca, rodados, etc., cuyas desportilladuras o negativos permitan establecer que de ellos han sido obtenidas las lascas en cuestión. Suponer que todos

los núcleos hayan sido agotados por sucesiva extracción de lascas, tampoco es satisfactorio.

En segundo lugar, están las características apreciables en los productos primarios de la talla por percusión directa: cualesquiera haya sido la modalidad del núcleo original, es evidente que sobre él se trabajó sin preconcepción de las formas deseadas, es decir, sin una técnica definida, rígida o coherente, casi podría decir, mediante la aplicación de golpes al azar, dependiendo éstos solamente de la eventual presentación de superficies o plataformas de percusión favorables. Por lo menos, así es posible inferir de la existencia de un 20 % de lascas con el eje de percusión transversal al eje longitudinal de la forma elemental, en el nivel III, y un 17 % en el nivel IV. Semejante patronización tecnológica es por completo elemental y primitiva, y hasta se nos ocurre que indicadora de una técnica de tallado de la piedra eminentemente protolítica o, si se prefiere, del Paleolítico Inferior.

Otro tanto puede decirse de las puntas de proyectil grandes, incluso en el nivel donde ellas predominan, es decir, en el nivel III. Descontando la retalla por presión, altamente desarrollada en algunos especímenes, el modo y las formas resultantes son característicamente protolíticos. Consisten, en definitiva, en la obtención de una lasca espesa sobre la cual sucesivos desbastamientos por percusión secundaria, sobre ambas caras, llegan a la forma buscada sólo a través de un inconcebible insumo de tiempo, energía y materia prima.

Consideraciones aparte, y muy diferentes, merecen aquellas puntas de proyectil largas y estrechas, relativamente delgadas, folialiciformes, cuya sección transversal es triangular o trapezoidal en particular el tipo Saladillo. Obviamente, el elemento primordial sobre el cual fueron confeccionadas, no pudo haber sido obtenido por percusión mediante dos elementos; sobre todo aquellas que son delgadas, únicamente han podido ser desprendidas del núcleo por percusión indirecta. Esta última tecnología contrasta vivamente con la anterior y refleja una concepción diametralmente diferente del trato conferido a la materia prima, al tiempo y a la energía, ya que con muy poco trabajo o esfuerzo, con escasos retoques por presión, es posible llegar a una punta de proyectil funcional y morfológicamente aceptable.

El análisis menudo de las formas elementales (lascas), parece reflejar, aunque confusamente, la existencia de esta bipartición tecnológica. En el estrato IV encontramos un predominio porcentual neto de lascas medianas (59,34 %) y delgadas (63,73 %), mientras que en el estrato III existe un predominio de lascas largas (55,11 %) y delgadas (62 %). Resulta muy difícil desentrañar y comprender las relaciones mutuas con que estos parámetros se interfieren, sobre todo mediante la aplicación de métodos sencillamente aritméticos y manuales, incapaces de conducir a una respuesta valedera.

Más aún, si tomamos consideración debida al hecho de que al lado de puntas Saladillo evidentemente trabajadas sobre verdaderas hojas, se nos presentan otras que lo han sido sobre lascas largas y estrechas, pero gruesas.

Con esto queda abierta la posibilidad de que lo detectado en los estratos IV y III de la cueva de El Toro corresponda a un momento de mezclas tecnológicas, una de las cuales es eminentemente protolítica, mientras la otra es fundamentalmente miolítica. Lo difícil es saber ahora si el momento corresponde a un miolítico que se pauperiza tecnológicamente, o a un pro-

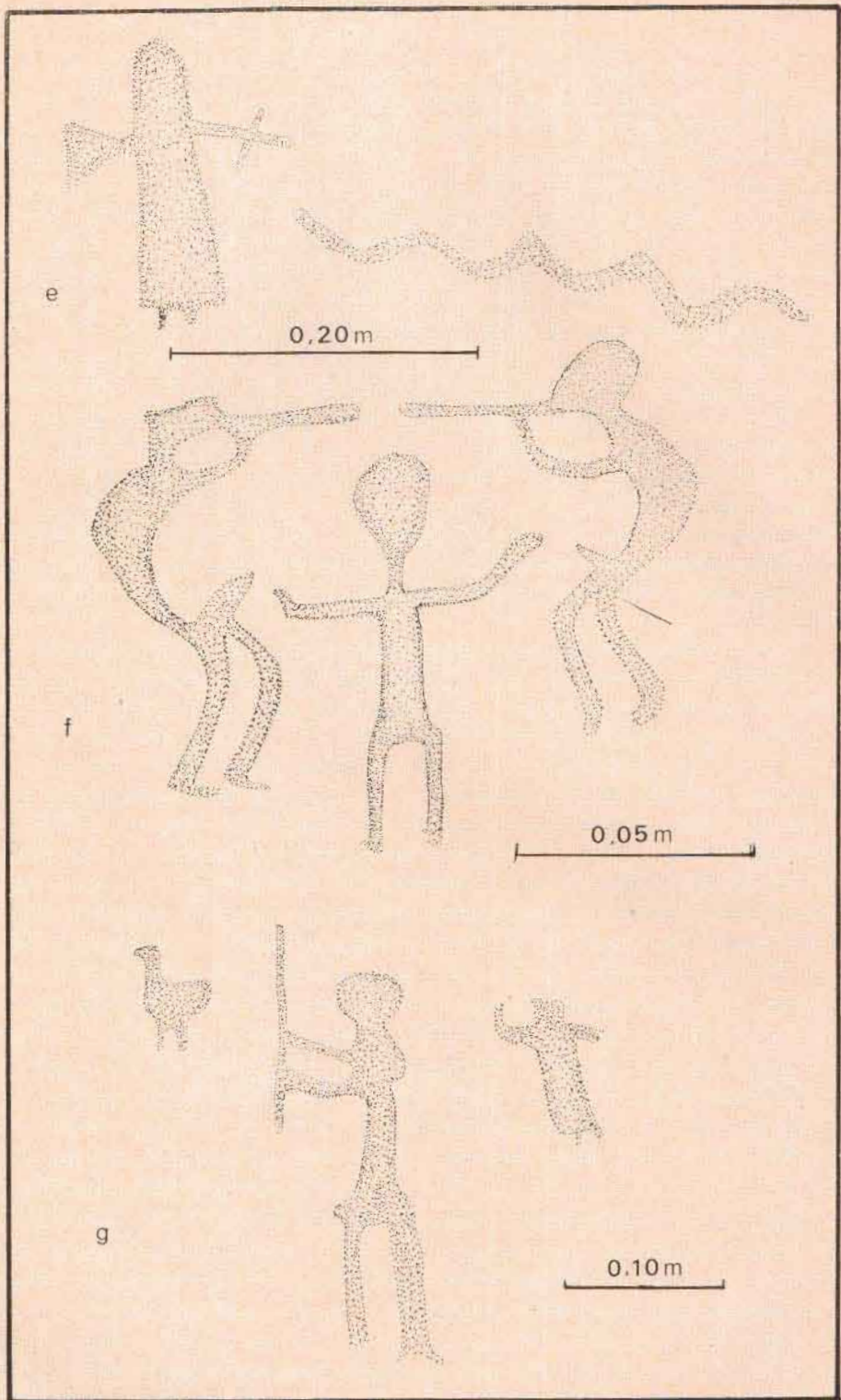


FIGURA 5

tolítico que se pone en contacto con un incipiente proceso de miolitización, o incluso aún, que *imita formas* miolíticas con aplicación de tecnología protolítica. Ergológicamente, el proceso ha tenido forzosamente que marchar en una de las direcciones señaladas; lamentablemente, la fundamentación económica, que tan bien podría contrastar y complementar los registros ergológicos, no ha sido detectada en las capas profundas de El Toro.

Aún pues, tratándose de puntas de proyectil, sus *percepta* corresponden a una comunidad culturalmente enraizada en lo protoítico, al menos tal como puede ser entrevisto el asunto desde el parcial aspecto de la tecnología. Conclusivamente, existe una evidente *cepa* protolítica, trasuntada por las puntas bifaciales de forma foliácea (tipo Ayampitín) y seudofoliáceas o "ayampitinoideas" (tipos Chocoara y Aguas Calientes). Mientras tanto, queda en suspenso la adscripción definitiva al Palcolítico Superior de las puntas foliáceas sobre hojas (tipo Saladillo).

En cuanto a los niveles superiores del sitio, nuevamente vuelve a ponerse de manifiesto el casi inconcebible resalto existente entre las grandes puntas de proyectil y la aparición de las primeras puntas pequeñas del tipo de las que están reproducidas en la figura 4a-d, correspondientes a la capa cultural II, cuya antigüedad la estimamos con bastante fundamento en 2.000 años a. C. Este hiatus o falta de registro, se ha presentado ya varias veces en las excavaciones hasta ahora efectuadas. Otra de las explicaciones posibles, es la de que tal hiatus no sea más que aparente, y que sencillamente los portadores de las industrias tipo Saladillo y Ayampitín permanecieron exclusivamente en este sector territorial hasta momentos bastante tardíos.

Muy importante es la aparición de la cerámica en la capa cultural I, sobre todo por los tipos que incorpora, en primer lugar la cerámica corrugada de tipo imbricado, que es la primera en presentarse, en una posición tal que podría incluso corresponder al nivel anterior (II). La cerámica aludida es un elemento nuevo dentro de la región montañosa occidental de Jujuy, y en cambio es bastante frecuente en la zona oriental, más húmeda y cubierta de monte, en especial la subregión arqueológica de San Francisco. Con características muy similares a las de la cerámica de El Toro, pero en zona más acorde con su centro de dispersión, hace su aparición en la boca de la quebrada de Humahuaca, más precisamente en El Volcán (Gatto, 1946: 56, Fig. 58 y Lám. III Fig 4-6). Igualmente ha sido detectada por Cigliano (1970: 102) en la zona de la quebrada de Las Cuevas. En la región de la Puna y su borde, es la segunda vez que se presenta; sin embargo, debe recordarse su aparición en Poconche, zona de San Pedro de Atacama (Le Paige, 1964: Lám. 112, Fig. 2).

Igualmente se ha presentado un pequeño fragmento de alfarería gris pulida con decoración incisa; que sepamos, se trata de un tipo nuevo para la Puna argentina. La cerámica incisa es abundante no bien se penetra a territorio boliviano, sobre todo en la zona de influencia de Tarija. El pequeño fragmento, sin embargo, muestra mayor afinidad con el tipo San Pedro Inciso, del norte de Chile.

Estos hallazgos, al menos momentáneamente, deben ser considerados como elementos rastros, de escasa popularidad, y tal vez resultantes de intercambios. Por supuesto que esta consideración, eminentemente conservadora, puede variar en vista del enorme sector que aun falta explorar.

Las relaciones económicas se mantuvieron durante este lapso exclusi-

vamente orientadas hacia los oasis chilenos de San Pedro de Atacama. Tanto el maíz, como las nueces y aún los frutos de chañar, son de esa procedencia. Tal intercambio mantiene la plenitud de su vigencia en la actualidad; de modo que aún en nuestros días se llevan a San Pedro de Atacama y Torona —distantes entre 4 y 5 días de camino—, lanas y carnes charqueadas, trayendo de allá frutas y verduras frescas, incluidos los frutos del chañar y de la algarroba. La complementación económica entre esta zona —eminente-mente pastoril—, con aquella otra, en la que es posible el desarrollo de la actividad agrícola, evidentemente hunde sus raíces en la prehistoria.

IV. ARTE RUPESTRE

Hemos distinguido en las paredes de la cueva cuatro agrupaciones de manifestaciones rupestres. La agrupación 1, orientada hacia el norte, ocupa el extremo este de la oquedad; allí se presentan no solamente dos técnicas, sino también dos estilos. La agrupación 2, igualmente orientada al norte, corresponde a otra técnica (grabado), y se halla limitada a unas pocas representaciones, en su mayoría escenas. Los grupos 3 y 4 (grabados), aproximadamente sincrónicos, se hallan orientados hacia el este; son las más extensas y definidas y, aunque separadas por una decena de metros, a los fines de este trabajo constituyen una entidad.

Agrupación 1: El sector alto está constituido por dibujos de color ocre rojizo. No puede considerarse una verdadera pintura; la masa de colorante mineral ha sido aplicada directamente —sin base o aditamento alguno— a la superficie rocosa, tal como podría hacerse con una tiza. Sin embargo, es realmente notable la persistencia del dibujo, pese a la endeble técnica empleada. Corresponde sin duda a un momento muy tardío, y configura una real decadencia del arte parietal regional. Consideraciones muy diferentes merece el sector inferior, constituido por unas pocas representaciones pictóricas muy bien logradas, verdaderas escenas (hombre sacrificando una llama; motivos geométricos escasos). Los dibujos son pocos y ya muy desvanecidos.

Agrupación 2: Escasas representaciones efectuadas por percusión discontinua sobre la roca. La profundidad de los trazos oscila entre 4 y 6 mm; las figuras representadas son de cuerpo lleno (figura 5 f-g). Los grabados son esencialmente antropomorfos y configuran escenas. Se reducen a unos pocos elementos.

Agrupaciones 3 y 4: A nuestro criterio, son las más importantes, no sólo en número, sino por la originalidad de su técnica y de sus motivos. Se trata de grabados por raspado, en ningún caso es apreciable percusión preliminar alguna; la escasa dureza de la roca ha favorecido el primer tratamiento. Todos los grabados son de trazo (cuerpo) lleno. Excepcionalmente hay alguno con aplicaciones de color verde (óxido de cobre), pero a igual que en el caso de la agrupación 1 superior, el pigmento carece de base, habiendo sido aplicado por frotación. Predominan las figuras antropomorfas, aunque geometrizadas. Son de gran tamaño, llegan a 0,20 - 0,30 m de altura. La profundidad del grabado supera siempre los 5 mm, llegando excepcionalmente a 8 mm. Los zoomorfos (¿culebras?, llamas), también son de trazo sencillo, esencialmente geométrico. Las supuestas culebras son de gran longitud, y sirven —por así decirlo— de marco a las figuraciones antropomorfas, con las que sin duda están vinculadas.

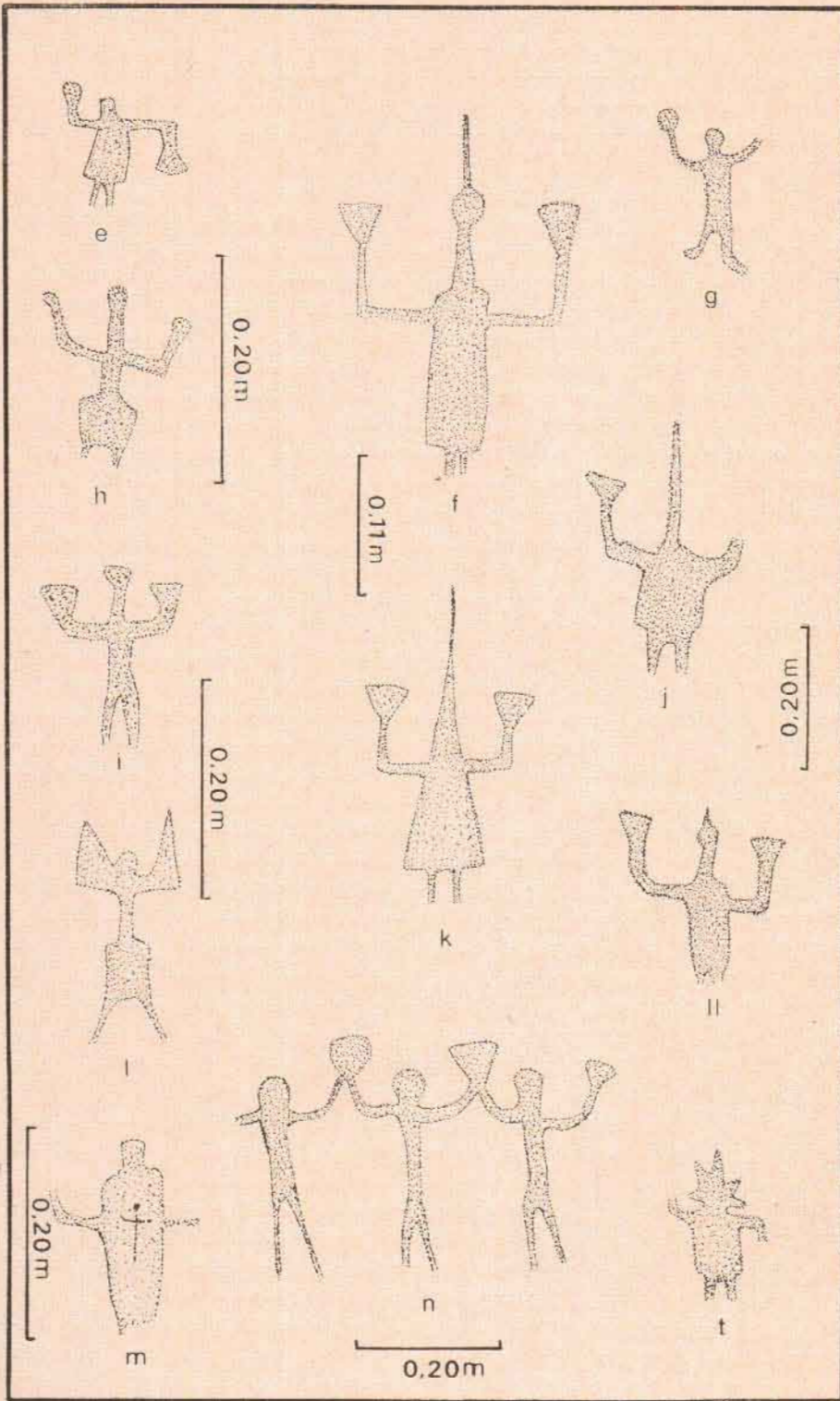


FIGURA 6

El Toro nos pone frente a un arte rupestre nuevo, hasta ahora desconocido en el Noroeste argentino, en el que alcanza preponderante vitalidad y desarrollo la figura humana. La intención máxima del artesano o artista que en sucesivos momentos lo plasmó, parece haber sido su significación ritual, que no trasciende a nosotros en su plenitud, aunque en cierta medida nos alcanza.

En su mayoría se trata de figuras humanas, al parecer aisladas o sin vínculo aparente, aunque no estáticas. Los antropomorfos tienen siempre ambos brazos en alto, en los que sostienen algo que podría interpretarse como una "copa", pero que también podría configurar una de las hachas planas líticas, características de la Puna, reputadas actualmente como herramienta agrícola. Sólo un bajo porcentaje de representaciones tiene el brazo izquierdo hacia arriba, quebrado a la altura del codo, y el derecho hacia abajo.

Los antropomorfos son esencialmente geométricos, y otro tanto acontece con los zoomorfos. Los brazos y piernas han sido siempre representados mediante líneas rectas horizontales y verticales. La cabeza, en la mayoría de los casos, es circular o subsferoidal. Es en el cuerpo propiamente dicho donde se manifiesta el mayor número de modalidades: éste puede estar configurado por un cuadrado (Fig. 6l, t), por uno o dos rectángulos (Fig. 6m), por un triángulo (Fig. 6k), etc. La interpretación que surge de estas modalidades, es que más que diferentes formas de representación del cuerpo, estos grabados han querido representar diferentes formas de vestimenta. Así, la figura 6j parece representar una corta camiseta andina, que apenas llega por encima de las rodillas del personaje representado, mientras que en otros llega mucho más abajo, aunque sin alcanzar a los tobillos. Cuando, por el contrario, se representan cuerpos desnudos, como los de la figura 6n, cesa toda estilización geometrizar, resultando las representaciones mucho más allegadas a lo naturalista.

Otra representación interesante es la de los tocados que ornamentan la cabeza de algunos de los motivos, los cuales pueden ser radiales, de tipo corona, como en la figura 6t, o bien limitados a un trazo vertical, de tipo "antena", como en las figuras 6f, j. Obviamente, el personaje de la figura 6k posee un tocado que puede ser interpretado como máscara o bonete: algo similar parece haber observado Pelissero (1973: 190) en Abrilaguna (Dto. Rinconada, Jujuy), quien compara el tocado de una de las figuras allí representadas con un gorro cónico similar al que usaban los jóvenes *Ona de la Tierra del Fuego para participar del Klöketen*; y, efectivamente, esa es también la impresión que surge en nuestro caso.

La totalidad de las figuras carecen de calzado; sin embargo, la representación de la figura 6g, ostenta con claridad los pies protegidos por algún tipo de calzado.

Resumiendo, de todas estas representaciones se desprende una conformación francamente ritual, que el artesano o artista ha logrado transmitir a la piedra; todas las figuras parecen afectadas a los movimientos o pasos de una danza cuya comprensión escapa a nuestras posibilidades.

Por el momento, no se considera oportuno formular un tratamiento estadístico a las representaciones de este sitio, ni formular comparaciones con otros. Para esto, será preciso efectuar exploraciones más intensas en todo este sector, de enorme amplitud. Si puede anticiparse que la técnica de grabado por raspado se halla muy difundida en la Puna Argentina limítrofe a Chile,

y que su dispersión coincide justamente con la existencia de estos grandes afloramientos de roca tobácea.

TOPONIMIA

Considero del mayor interés hacer esta pequeña digresión en torno a la toponimia local; la cuestión no deja de tener connotaciones arqueológicas, si se recuerda la acre negación formulada por Vignati (1931: 116, 117, 119, 123, 137, 155) a lo sustentado por Boman en relación a la pretérita existencia de grupos indígenas atacameños en territorio argentino. Lo cierto es que numerosos topónimos del occidente jujeño tienen traducción por el cunza y no por el quichua o el aymara; lo que, en justicia, si bien no implica forzosamente que la implantación de tales topónimos deba ser con toda certeza prehispánica, al menos constituye una argumentación positiva a la tesis de Boman.

Pasando ahora al aporte personal, debo aclarar en primer lugar que el topónimo correcto no es *El Toro*, sino sencillamente *Toro*. "Voy a Toro, o al Toro", expresan los lugareños. Pero en la forma incorrecta ha pasado a la cartografía oficial, elaborada por el Instituto Geográfico Militar, y dudosamente será ya posible desterrarlo de ella. Como *Toro*, es decir, en la forma correcta, figura en el Plano del Territorio Nacional de Los Andes compilado por la Dirección General de Minas, Geología e Hidrogeología (1924). Evidentemente el artículo agregado artificialmente a la forma incorrecta, es un aditamento tardío, españolizante. En la forma correcta fue citado numerosas veces por Catalano (1930: 7)¹, quien se refiere a este lugar denominándolo *Toro* o *vega de Toro*. También San Román (1896: 285), alude a *el Toro* de la siguiente manera y contexto: *llegamos hasta el Toro, lugar inundado por las lavas del Coyaguaima...* Parece que Román, como es frecuente en el habla vulgar de chilenos y argentinos, fuera proclive a la anteposición del artículo a la mayoría de los nombres de lugares que cita: *siendo el Toro un valle que viene de los cerros de Lima... y desagua hacia el Rosario... Desde las alturas del Rosario...*, cuando no directamente una preposición posesiva o una contracción de artículo y preposición.

La segunda aclaración que debe formularse, es que el topónimo no se refiere a la población actual —aunque ésta lo ha adoptado—, nacida hace pocos años atrás como resultado del fomento a las zonas de frontera, sino a una vega que está aguas arriba de la quebrada, a tres leguas del caserío actual. Bertrand (1885), que no conoció el lugar, por referencias lo reputó importante y señaló el punto con el símbolo cartográfico correspondiente a vega o terreno inundable en su mapa, históricamente tan valioso, llamándolo *Lina* (en la actualidad es *Linalari*, cerca de Guaschalajte. La aclaración es importante, ya que si quisiéramos reinterpretar la significación del topónimo por alguna de sus características físicas o topográficas, deberíamos inquirir éstas en la vega de arriba y no en la situación del pueblo actual. Catalano, en su viaje de 1926, nos da preciosos datos, que transcribimos: *Vega de*

¹ Me es grato recordar aquí al doctor Luciano R. Catalano, brillante explorador de la Puna Argentina entre 1920 y 1930. Desco señalar, muy especialmente, la exactitud de sus datos e informaciones sobre los territorios por él recorridos, y que tan útiles han sido para mis propios trabajos, más de cuarenta años después.

Toro: partiendo de la vega de Huschalajte hacia el este y después de pasar el cordón montañoso que la separa de la cuenca de Olaroz, nos encaminamos a la vega de Toro... en sus valles se ubican numerosas vegas, como la de Toro, donde viven varios pastores... La vega de Toro se encuentra a 3.950 m, en un lugar bastante abrigado; tiene suficientes recursos para el viajero: leña, agua, pasto.

Debe quedar fuera de duda que —por lo menos en este caso—, el vocablo *toro* no es español, aunque tal vez se encuentra españolizado; está registrado en sitios que ya tenían ese nombre mucho antes de la introducción del ganado vacuno en el Noroeste. Nardi (1957; 1959), que iniciara el estudio metódico de las voces cunza de expresión cartográfica en la Argentina, y que fuera el primero en someterlos a la metodología y el rigor lingüísticos, admite que en muchos casos sería necesario *discutir si el frecuente topónimo Toro es español, quechua, aymara o cunza*. Idéntico planteo se había ya formulado Cabrera (1931: 265-269).

Pese a existir varios vocabularios de la lengua atacameña, el vocablo *toro* no se presenta en ellos con claridad. Según Cabrera (*op. cit., loc. cit.*) en el Glosario de Hoyos, Echeverría y Reyes (1896), se daría a *toro* el significado de *las asentaderas, y variantes*. Nada hay en el Toro del Departamento Susques que justifique esta interpretación.

El problema se complica por existir otros topónimos muy difundidos y fonéticamente similares, como *t'huri* (Philippi), *turi* (Moore) y *turi* (San Román). Estos vocablos han sido tomados de la obra de Schuller sin fecha, pp. 12, todos los cuales significan *la casa*. Además, se registra *turikta* y *tturicka*, con significado de *rancho* (un sinónimo aparente, sería *hara*, *op. cit.*: 18).

También los autores citados han recogido *túri* (Moore), *turi* (San Román) y *tturi* (Glosario), con significación de *brea* (Schuller, 18).

Podría ponerse en duda la pureza de la entidad lingüística *toro*; sin embargo, fuera del Toro que nos ocupa, existen dos topónimos emparentados con él en el Departamento Susques: Toronao (un cerro de 5.100 m de altura, en 23° 30' lat. sur; 67° 05' long. O.), y la quebrada que corre al norte y desagua en la laguna Múcar (el difunto, el muerto; Schuller, pp. 36). Tenemos, además, un Toronao relativamente próximo en Chile, y una familia de topónimos con *turu*: Turuquire, Turutaire, Turutari y Turula. Algunos no figuran en las cartas, pero hemos podido recogerlos entre los pobladores. Finalmente, Schuller (pp. 35), cita la palabra *torolari* = araña, ¿sp? En este último caso, sabemos que *lari* significa rojo, colorado, sangre. En lo tocante a *toro*, su significado, como hemos visto, resulta inaprensible.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea manifestar su más vivo agradecimiento al personal directivo de la Compañía Minera Pirquitas, Pichetti y Cía. por la invalorable colaboración recibida tan desinteresadamente. Igualmente, al doctor Fernando Tuttolomondo, ingeniero Alberto Pérez Ruis e ingeniero Luis Battistella por sus numerosas atenciones. A los señores Coco Jiménez, Tolaba, Eleuterio Casimiro, Gerardo Mamani, Roberto Llampa, Agustín Quispe, Brígido I. Puca, Justino Puca y Santos Ceferino Puca, mi reconocimiento por la colaboración recibida en todo momento. Los dibujos han sido hechos por las señoritas Cecilia Kühn y Marcia Ledesma.

BIBLIOGRAFÍA

- BAGOLINI, B. (1968). Ricerche sulle dimensioni dei manufatti litici non ritoccati. An Univ. Ferrara. I (10): 195-219. Ferrara.
- BERTRAND, ALEJANDRO (1885). Memoria sobre las Cordilleras del Desierto de Atacama i rejonnes limitrofes, presentada al Señor Ministro del Interior. 304 pp., mapas, vistas. Santiago.
- BOMAN, ERIC (1908). Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama. Vol. II, 1-948, mapa, 51 pl. 45 fig. París.
- CABRERA, PABLO (1931). Ensayos sobre etnología argentina. Segunda serie, Onomástica del Tucumán. Junta Hist. y Numismática, Bibliot. de Hist. argentina y americ., IX, 306 pp. Buenos Aires.
- CATALANO, LUCIANO (1930). Boratera de Coyahuaima. Dir. Gen. Minas, Geol. e Hidrogeol., Public. N° 89, 57 pp. Buenos Aires.
- CIGLIANO, EDUARDO M. (1965). Dos nuevos sitios precerámicos de la Puna argentina: Turilari. Etnia 2: 6-9. Olavarría.
- 1970. Problemas referentes al sitio arqueológico de Las Cuevas. Departamento de Rosario de Lerma, provincia de Salta. Relaciones sociedad argentina de antropología, V. (1): 99-104. Buenos Aires.
- DIRECCIÓN GENERAL DE MINAS, GEOL. E HIDROGEOLOGÍA (1924). Plano del Territorio Nacional de Los Andes. Esc. aprox. 1: 750.000. Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ, JORGE (1975). Arqueología del Área Andina Jujena. Etapa de caza y recolección. M. S. Informe al Conicet. 264 pp. 72 gráf. 125 fig.
- GATTO, SANTIAGO (1946). Exploraciones arqueológicas en el pucará de Volcán. Revista Mus. La Plata, Antropología, IV: 5-91. La Plata.
- INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR (1967). Carta provisional de la República Argentina. Hoja 2366-2166, La Quiaca. Escala 1: 500.000. Buenos Aires.
- LE PAIGE, GUSTAVO (1964). El precerámico en la cordillera atacameña y los cementerios del periodo agro-alfarero de San Pedro de Atacama. Anales Univ. del Norte, 3, 275 pp. Antofagasta.
- NARDI, RICARDO L. J. (1959). Toponimia indígena de la República Argentina. En: Folklore Argentino. Biblioteca Humanior, VI: 365-397. Ed. Nova, Buenos Aires.
- 1957. Toponimia cunza en la Argentina. Revista Geográfica Americana, XLI (245): 178-180. Buenos Aires.
- OLROG, CLAES CHR. (1959). Las aves argentinas. Una guía de campo. Instituto Miguel Lillo. 343 pp. Tucumán.
- PELISSERO, NORBERTO (1973). Las pictografías de Abra de Lagunas (Dto. Rinconada, Prov. de Jujuy). Relaciones Sociedad Argentina de Antropología, VII: 187-195. Buenos Aires.
- SAN ROMÁN, FRANCISCO J. (1896). Desiertos y Cordilleras de Atacama. Itinerarios de las exploraciones. 671 pp. Santiago de Chile.
- SCHULLER, RODOLFO R. (s. f.). Vocabularios y nuevos materiales para el estudio de la lengua de los indios lican-antai (atacameños)-calchaquí. 124 pp. Santiago.
- VIGNATI, MILCIADES ALEJO (1931). Los elementos étnicos del Noroeste argentino. Notas Preliminares del Museo de La Plata, I: 115-157. Buenos Aires.